

VIAJE ALREDEDOR DEL PATIO

(Cuentos de vecindario)

RAUL LEIS



RAUL LEIS

VIAJE ALREDEDOR DEL PATIO

(Cuentos de vecindario)



**Editorial Signos, S. A.
Panamá, 1987**

Colección PORTOBELLO, No. 15
Serie Autores Panameños/Cuento

Portada y dibujos: Heriberto Valdés

©Editorial Signos, S. A.
Primera edición: enero de 1987

Editorial Signos, S.A.
Apartado 10276
Panamá 4, Panamá

Litografía Enan, S.A.
Panamá

Editorial Signos, S.A. reinicia, después de tres años, la publicación de libros de autores panameños en su colección "Portobelo". Ha sido extremadamente difícil reanudar este esfuerzo de divulgación bibliográfica, ya que toda nuestra energía y la adquisición de recursos económicos ha venido concentrándose desde enero de 1984 en la publicación de "Maga" —revista panameña de cultura—, que lleva ya 12 números. Pero ante la exigua cantidad de libros de calidad que se publican cada año en Panamá, consideramos impostergable continuar con esta labor, estimularla, haciendo llegar nuevas obras a nuevos y viejos lectores.

Nos enorgullece dar a conocer estos cuentos de Raúl A. Leis, de amplia y destacada trayectoria en el campo de la literatura (dramaturgo, poeta y ahora cuentista), en el de la sociología y en la investigación política y de orientación popular.

"Viaje alrededor del patio" (Cuentos de vecindario) es un libro que deleitará por sus originales hallazgos en el tratamiento de la anécdota, imaginativa mezcla de vivencia cotidiana y fábula.

*Los editores
Panamá, enero de 1987*

A Mariela y Raulito...

A María del Pilar, que llegó después...

*A los vecinos de Calle 27 y Avenida Cuba,
en el bravo barrio de Calidonia.*

A David Sánchez Juliao, escritor amigo.

INDICE

PROLOGO Enrique Jaramillo Levi	6
ALGO, ANTES DE ECHAR A RODAR LOS CUENTOS	11
VIAJE ALREDEDOR DEL PATIO	13
El patio	13
El incendio	15
Sucedió	16
Sal	17
Lo justo y lo legal	18
Celso Santos	19
Oración Monetaria	20
Todo se derrumbó	24
Amor cabal	25
Economía	26
Golondrinas	27
Dedos	28
Reunidos en Mi nombre	29
Edilsa	30
Punto final	31
El aire	32
Cartomancia	33
DE ALLA, DE DONDE MUCHOS VINIMOS	
La florecita	35
La porfía	37
Orlando	38
El gallo	38
Fusiles	39
La cantadera	41
El señor Noboa	42
LA HUMEDA CIUDAD ACRIBILLADA DE NOMBRES	
Meteorología	45
Control natal	46
La antena	47
La metamorfosis	51
La resistencia	52
LAS CUATRO ESQUINAS DEL MUNDO	
Didius	55
Infalibilidad	56
Yayesu	57
Craso	58
La silla	59
El fantasma de la Casa Blanca	60
Nada locos	61
Haití	62
Scheveningen	63
El planeta	64
La muerte del águila	65
ALQUIMIA	67

PROLOGO

I

Escribir cuentos, como zambullirse en las profundidades del mar provisto sólo de los sentidos y la experiencia de sondeos submarinos previos, es penetrar a un mundo de riesgos y aventuras. Meterse de lleno a explorar regiones que pueden o no ser conocidas, pero que siempre ofrecen aspectos diferentes, desafiantes, capaces de exigirnos no sólo la audacia profesional del buceo a fin de realizar un desempeño óptimo, sino también la habilidad de seleccionar lo que realmente es importante, lo que revela o inspira o da pavor o causa la creciente angustia que conduce al desenlace. Un cuentista se juega tanto sus reservas vitales como el futuro mismo de escritor al sacarle filo a sus historias reales o inventadas o, lo que es más común, a la inexorable fusión de vida y fantasía cuyo resultado obligado -si ha de ser bueno- es esa otra vida hecha de descubrimientos y ocultamientos: la ficción.

Ficción entendida como recreación de realidades de toda índole, vivencias cuyo ámbito es por igual, y en diversa proporción, la experiencia (con sus mil aristas propias y ajenas) y la invención (que inevitablemente hunde sus raíces, de inesperadas maneras y en inéditas proporciones, en variantes infinitas de la realidad). Así, quien crea un cuento "inventa" sólo lo que ya existía en el mundo diseminado en partículas inconexas. No hay nada nuevo bajo el sol, excepto lo nuevo bajo el sol que el artista crea cuando intuye lo que otros no han visto y lo hace real por la palabra.

Es claro entonces, aunque muchos lectores de periódicos, folletines o textos especializados a menudo no lo entiendan, que las peripecias anecdóticas de la ficción se acercan mucho a la vida cotidiana, pero no son, al pie de la letra, la vida misma. Sin embargo, sí lo parecen, de hecho lo llegan a ser cuando el texto nos agarra y nos mete de cabeza; de cuerpo entero; con poros y pelos; pelos y señales; materia gris y bilis; saliva, semen y respiración agitada, en la sal intrigante del suceder. Quien logra atrapar al lector contándole de forma interesante un hecho que tiene desarrollo y desenlace, cualquiera sea el orden de su cronología, hace de él un súbdito, respetuoso partícipe de la vida, y sin duda le abre una ventana por donde habrá de respirar de ahí en adelante de otra manera. De ahí que mientras leemos, somos lo que interpretamos porque lo estamos develando como parte de una incuestionable sucesión de momentos compartidos. Así es la vida

de estos mundos que creamos quienes hacemos de la pluma un santuario, de la escritura una razón de ser, estilo de sobrevivencia, muy ingrato en nuestro Panamá del alma, pero indispensable, absolutamente indispensable y abierto a los demás.

II

Los cuentos de Raúl Leis –no todos los textos narrativos del libro lo son en sentido estricto– se leen con curiosidad creciente, con interés que va envolviendo al receptor en una sutil madeja de emociones, primarias unas veces, más intelectuales otras, porque siempre hay una anécdota capaz de suscitar alguna forma de involucramiento. Como en la urdimbre de toda construcción artística o científica significativa, en la que presentan los buenos cuentos existen elementos imprevistos, retos, sutilezas en la evolución misma de la trama o de los personajes o en los giros de la estructura del texto, que permiten al lector desplazarse hacia nuevos estadios de participación. Una participación que todo autor que se respete –y que respete al lector– no sólo propone en su peculiar manera de elaborar el texto, sino que, además, exige como condición *sine qua non* de su arte.

Leis es, evidentemente, uno de estos autores. Escritor nato, de profunda raíz popular, que no por esto involuciona hacia lo plano u obvio, sino que agarrándose de esa raíz que tiene múltiples vertientes, alimentándola desde la experiencia y la observación genuinas, se impulsa por encima de la realidad y, al reelaborarla con ingenio, la enriquece y convierte en algo nuevo e inesperado, diferente.

Sin duda, no todos los textos de este libro nos gustan por igual, ni nos motivan haciéndonos participar con igual intensidad. Pero sí afirmo que en **Viaje alrededor del patio** hay cuentos de antología. De esos que no es posible ignorar ni mucho menos olvidar. Como cualquier lector, opto por los que más me hacen vibrar; es decir, tengo mis cuentos favoritos. Me refiero, por ejemplo, a “Alquimia”, larga pieza dividida en cinco partes que se pueden leer con cierta independencia, pero que conservan una íntima conexión anecdótica y estructural. Se trata, a mi juicio, de uno de los cuentos largos más originales –por imaginativo y bien escrito– de la producción literaria panameña pasada y presente. En efecto, Leis nos cuenta con maestría la historia de Basile Valentín, el alquimista (“poderoso maestro”, en griego antiguo) nacido en 1415, quien vuelve al presente provisto de unas sustancias extrañas que, al ser descubiertas años más tarde en el cuarto de éste por cuatro integrantes del vecindario, trastocan para siempre la vida de cada uno; dichas sustancias mágicas son: la piedra filosofal, el elíxir de la longevidad, el disolvente universal y el polvo de la simpatía. Gracia, fantasía, amenidad anecdótica y rigor formal se conjugan con deliciosa malicia y humor admirable, sin que falte una pequeña dosis de sarcasmo político antiimperialista al final.

Muchos de los cuentos giran, literalmente, en torno al patio del vecindario en que ocurren algunas de las historias más sugerentes del libro. Ese patio que es “el eje del gran reloj compuesto por la vida de la gente que late a su alrededor..., epicentro de los temblores que sacuden cada cuarto..., corazón de ese gran animal anhelante que es el vecindario”, como señala Leis en ese breve mosaico policromo y vocinglero que le sirve de introducción y que titula, justamente, “El patio”. Así, “el libro surge de las realidades

que ocurrieron, se contaban o se imaginaban detrás de las puertas o a la vuelta de cada esquina del vecindario". Sintiendo "parte activa y transformadora" de esa realidad, nos dice al autor, desde ese rincón de la vida "desgrano mis cuentos, y la gente al principio me crea una especie de cordón sanitario y me hace sentir un poco como pintor-parisino-pintando-paisajes-pobres-panameños, aunque yo viva aquí, haya surgido de ambientes como éste y sea parte del paisaje".

Pero resulta que Leis, además de sociólogo, periodista y **educador popular**, como él suele llamarse, es escritor. Escritor de los buenos, o sea, **artista**. Por lo tanto, crea al tomar del ambiente lo que su intuición escoge como detalle o rasgo de interés, y al escribir interpreta y transforma y nos hace pensar. "Los niños exclaman al verme escribir: — ¡Tan grande y haciendo tareas! Y los mayores desconfían también un poco, pues piensan que puedo ser de esos que redactan tragedias de la vida, convertidas en comedias para los periódicos". Lo vemos, entonces, colocándose en la escena, integrándose al paisaje, sometiéndose a una crítica popular inminente, producto de la saña del periodismo amarillista que con sus desplantes de ignominia comercial y escándalo sólo agravan los problemas de la gente. Sin embargo, niega tal intención malévolamente del escritor y aclara: "Les digo que el patio es también una inmensa cometa que el escritor echa a volar, para compartir su ser íntimo con la realidad, para mezclar lo cotidiano con la fascinación. Así, de la misma manera que se barajan los naipes sobre la mesa llena de humos, botellas y palabras disparadas como flechas". El está muy consciente de su misión: enaltecer; mostrar lo bueno y lo malo; indagar en lo que amerita ser explorado; recrearlo todo desde el alma profunda y solidaria del artista; ser, pues, la conciencia del barrio: corazón y cerebro, pero sobre todo simpatía.

Es importante decir que Raúl Leis busca crear una nueva forma de relación entre la literatura y la gente, sacar a la literatura de los salones de las academias, como señala el escritor colombiano Jairo Anibal Niño en el epígrafe que abre el libro. Porque hay tantas clases de literatura en el mundo como tipos de sensibilidad, experiencia y talento existen en los escritores, y ésta que esgrime nuestro autor es sin duda de las más auténticas. Lo es, sobre todo, por su contenido social elaborado con inteligencia e imaginación, acercándola así a diversos estratos de lectores.

Ejemplos muy bien logrados de la fusión entre la experiencia de lo popular-cotidiano y el tratamiento imaginativo que, incluso, logra un salto cualitativo hacia la dimensión fantástica, son los relatos breves: "El incendio"; "Sucedió"; "Sal"; "Edilisa"; "El Señor Noboa"; "La antena"; "La metamorfosis"; "Infalibilidad"; "Yayesu"; "El fantasma de la Casa Blanca"; y "Haití". Incisivos en su presentación de lacras e injusticias sociales o políticas, con una impresionante economía de recursos (y de palabras) nuestro autor logra darle a los textos el giro preciso, la vuelta de tuerca exacta capaz de dejar huella permanente.

Ni la Iglesia Católica se salva en el afán ejemplificante de Leis por presentar desatunos originados en la prepotencia, el dogmatismo o la inmisericorde explotación de hombre por el hombre o por la sociedad, como podemos apreciar en el relato titulado "Infalibilidad", referido al gravísimo error histórico cometido por la Iglesia —la Inquisi-

ción- hace 350 años, al condenar al astrónomo Galileo Galilei por haber asegurado que el sol es el centro del sistema solar, y no la tierra como se pensaba en esa época. Se trata de uno de los relatos más humorísticos y, a la vez, más devastadores en su crítica al dogma eclesiástico relacionado con los avances de la ciencia.

Por otra parte, "La resistencia" es un cuento cuya altiva y transparente sencillez deslumbraba en la medida en que crece la fina vena patriótica de la anécdota: Los tanques norteamericanos entran a la ciudad de Panamá porque, a juicio del Imperio, las manifestaciones de protesta y la inestabilidad laboral en nuestro país ponen en peligro la "neutralidad" del Canal. Minúsculas tachuelas sembradas al paso de los carros de guerra los paralizan sin remedio en el centro de la vía desierta como primera señal de que empieza la resistencia ciudadana. Así, sin alardes formales ni saltos cronológicos impactantes, se nos brinda una narración bien hilvanada, coherente, de suspenso que crece lentamente como la necesidad que siente el lector de compartir, en este caso, la defensa del país. Dura crítica ésta a los acuerdos canaleros vigentes, tan llenos de contradicciones, tan ofensivos a la dignidad nacional en sus falacias sobre la neutralidad de la vía acuática, pues permiten y propician abiertamente la intervención militar.

Raúl Leis abre una nueva ventana a las letras panameñas con su **Viaje alrededor del patio**. Que entre el aire, mucho aire puro. Y que todos sepamos respirar.

Panamá, diciembre de 1986
Enrique Jaramillo Levi

“A la literatura la han encerrado. Hay un complot contra la literatura. Un complot permanente. La quitan de las manos de la gente. La encierran en los salones de las academias...

Hay que crear una nueva forma de relación entre la literatura y la gente.

La literatura es una fiesta. Una fiesta que naturalmente a veces tiene sus muertos y que a veces tiene sus pausas para el llanto, pero que en lo fundamental hay una fuerza que la aviva y la sostiene...”

Jairo Aníbal Niño

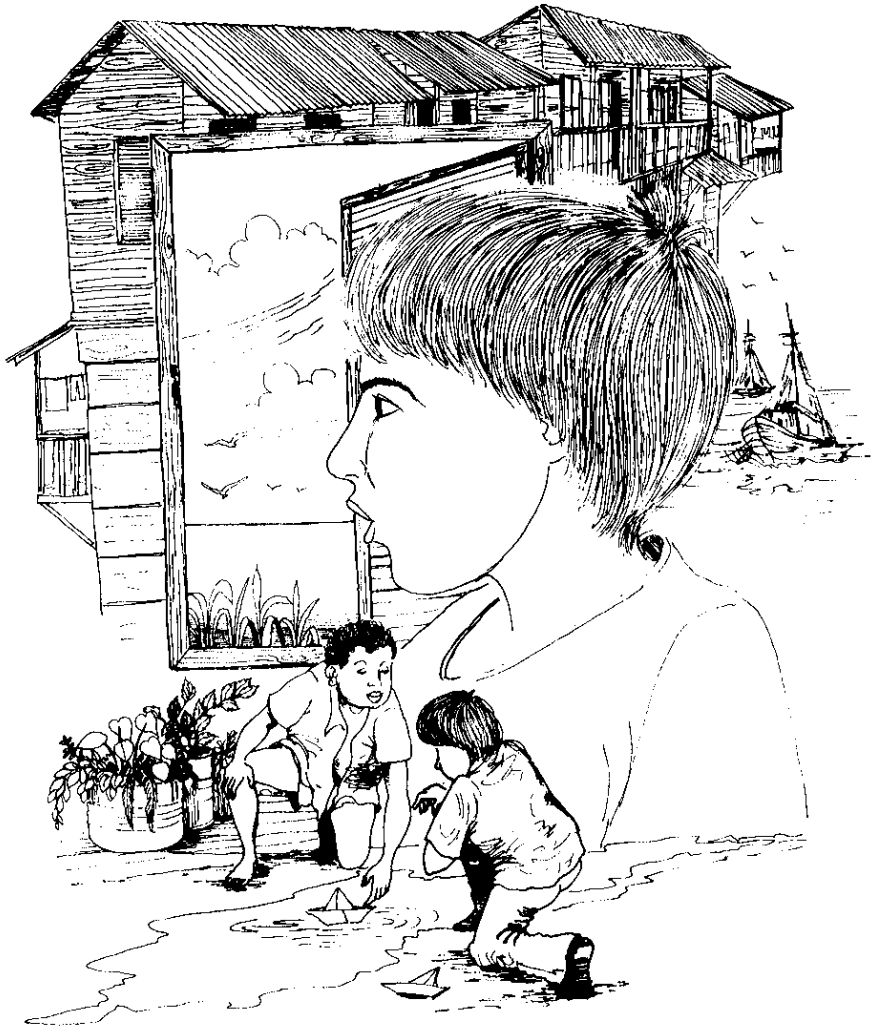
ALGO, ANTES DE ECHAR A RODAR LOS CUENTOS

El único cuarto que constituía nuestra casa, tenía dos salidas al mundo. Un minúsculo balconcito que miraba a la calle y la puerta de entrada que daba al patio. La calle era tránsito, peligro, basura, mercaderes y policías. El patio eran los rostros conocidos, vecindad, área de juego y conversación, disputas y vidajeneo, sin excluir las características de la calle.

*Situados entre estas troneras que miraban a dos aspectos de la misma realidad, y sintiéndonos parte activa y transformadora de ella, fuimos pariendo los cuentos. El primer conjunto de relatos de este libro, **Viaje alrededor del patio**, es la ubicación del vecindario. Luego, **De allá, de donde muchos vinimos** trae a colación el origen rural de muchos de sus moradores, hecho que sigue marcándolos profundamente. En **La húmeda ciudad acribillada de nombres** se ubica el referente urbano, la ciudad en la que estamos inmersos. Con **Las cuatro esquinas del mundo** se intenta captar la dimensión internacional de nuestra realidad. Finalmente, **Alquimia** no es más que una especie de cuento síntesis.*

El libro surge de las realidades que ocurrieron, se contaban o se imaginaban detrás de las puertas o a la vuelta de cada esquina del vecindario. Intentamos modestamente expresar en forma sencilla (no simple), la revalorización de las cosas cotidianas y de nuestra intimidad con lo real. Los agradecimientos y dedicatorias que están señalados en estas páginas no alcanzan a cubrir todas las necesarias, así que pedimos disculpas por los que no aparecen, y deberían...

Es imposible dejar de reiterar los nombres de los que me han hecho felizmente escribir esta página en plural: en primer lugar, la propia gente; y muy significativamente Mariela y Raulito quienes no sólo fueron parte de la vivencia sino de la autoría de este libro.



VIAJE ALREDEDOR DEL PATIO

EL PATIO

(A Guillermo Delgado)

El patio es el eje del gran reloj compuesto por la vida de la gente que late a su alrededor. Es el epicentro de los temblores que sacuden cada cuarto. Es el corazón de ese gran animal anhelante que es el vecindario.

El patio es un tinglado cruzado por las cuerdas de tender la ropa. Cada cuarto lanza pugilistas provistos de trapos mojados de todos los colores imaginables, que atiborran las cuerdas con banderas y banderolas que al flamear en el viento simulan un orondo barco enhiesto. Cuando la humedad carga el aire y la brisa calla, el tendadero asemeja un enorme anciano de barbas mojadas que hace sentir anegada hasta el alma.

Otra cosa es cuando las cuerdas están vacías. Vistas desde abajo se nota cómo atrapan al día o a la noche en su gran telaraña.

En las fronteras del patio, los lavaderos reúnen a las mujeres con su cháchara de historias, comentarios, noticias, crónicas y reportajes de todo calibre. Armandos así, el gran radioperiódico de la vida cotidiana.

Pero los verdaderos dueños del patio son los niños. Ellos saben convertir el pavimento en el Maracaná de Río, en Estadio Roberto Clemente de San Juan, en Madison Square Garden y en gimnasio Nuevo Panamá. En Jardín de la Infancia, escuela, palacio, hogar, basurero, rayuela, cueva, campo de batalla, teatro, sala de baile o de patinaje, circo o coney island. Es decir, en la plataforma de lanzamiento para que despegue el cohete de su fantasía a conquistar los mundos que sólo ellos imaginan y conocen.

El patio los tolera a todos. Así, cuando los hombres se toman los rincones para reventar los dominos sobre los tableros que sostienen sobre las rodillas, los niños y mujeres giran en torno a la carcajada que celebra "la última", o la algarabía infantil resultante del último encuentro de fútbol en torno a una pelota de trapo.

Hay visitantes que afectan a todos tan pronto trasponen los linderos del patio. Las visitas que abren las puertas de los cuartos, como los vendedores de bollos, chances, o periódicos solicitados desde todos los ángulos. O por el contrario, los que cierran herméticamente las puertas: el cobrador, el activista religioso o el policía que realiza una pesquisa.

Pero el cuadro no tiene nada de idílico. En este lugar cobran vida las estadísticas y diagnósticos socioeconómicos:

Los de aquí, que sólo comen repollo y arroz.

Los de allá, que tienen tres meses sin trabajo.

Los de más allá, donde nace un hijo de padre ignoto.

Los de acuyá, que hablan con los ojos grandes y acuosos del hambre.

Pues es desde esta esquina de la vida, donde desgrano mis cuentos, y la gente al principio me crea una especie de cordón sanitario, y me hace sentir un poco como pintor-parisino-plantando-paisajes-pobres-panameños, aunque yo viva aquí, haya surgido de ambientes como éste, y sea parte del paisaje.

Los niños exclaman al verme escribir: — ¡Tan grande y haciendo tareas! Y los mayores desconfían también un poco, pues piensan que puedo ser de esos que redactan tragedias de la vida, convertidas en comedias para los periódicos.

No es así y lo aclaro. Les digo que el patio es también una inmensa cometa que el escritor echa a volar, para compartir su ser íntimo con la realidad, para mezclar lo cotidiano con la fascinación. Así, de la misma manera como se barajan los naipes sobre la mesa llena de humos, botellas y palabras disparadas como flechas.

EL INCENDIO

(A mi hermana Palmira, e hijos)

Muchas de las mujeres del vecindario están piponas. Andan orgullosas con sus vientres en ristre, que dibujan formas geométricas cambiantes. Las de barriga en punta como nave espacial. Las redondas como bola de baloncesto. Las oblongas como dirigibles. Las casi cuadradas. Las piramidales. Las rectangulares. Pero en todas se adivina la suave venganza de la fertilidad de estas tierras, donde el machete abre la trocha en el monte y al mirar atrás ya la vegetación inunda el claro formando una muralla impenetrable.

Un día el fuego amenazó con arrasar con todo el edificio al estallar un tanque de gas e incendiarse un cuarto. Las preñadas se reunieron alrededor del conato; todas juntas rompieron fuentes y arrasaron al siniestro con sus aguas maternas.

La población de la casa aumentó notablemente ese día, y entre llantos de recién nacidos el incendio murió en su cuna.

SUCEDIO

(A los periodistas honestos)

Desde las páginas del periódico, Gabriel Pérez se ganaba la vida deshaciendo honras, fabricando noticias y vendiéndose al mejor postor. Un día inició una campaña ensartando infamias de todos los colores y tamaños contra el barrio. Los propietarios de varios edificios habían pagado generosamente al periodista para desacreditar a un número plural de inquilinos, quienes se negaban a desalojar edificios que iban a ser convertidos en oficinas.

Por los mismos motivos, Marina Contreras en la televisión sibilnamente sirvió de caja de resonancia de la campaña de Gabriel Pérez y también recibió buenos dividendos.

Una noche el poder de los ofendidos tuvo una mágica erupción. Doña Pancha, la planchadora, celebró en su cuarto una fiesta de santería e hizo que los vecinos descubrieran las magnetizadoras influencias de los tambores de San Lázaro. En el momento del paroxismo, cuando las manos casi rompían los cueros, todos los inquilinos pusieron sus dedos acusadores sobre la foto de Gabriel Pérez que ilustraba la edición del periódico. Y también apagaron el televisor en el momento que aparecía en la pantalla el rostro de Marina Contreras.

Desde ese momento, Gabriel Pérez advirtió horrorizado que estaba manchado indeleblemente por huellas digitales inmensas que trazaban su rostro y cuerpo con líneas negras imborrables. Marina Contreras sintió que de pronto vagaba en un océano de éter, bombardeada por las ondas sónicas y luminosas de la atmósfera extraterrestre, sin la más remota posibilidad de regresar jamás de los jamases a la realidad. Sucedió.

SAL

(A Rogelio Sinán)

Durante varias semanas Eustaquio no se cansó de repetir a sus vecinos que estaba salado, que se sentía salado. Le recomendaron varias fórmulas para quitarse la salazón, pero Eustaquio solo repetía lo mismo una y otra vez con una insistencia que empezó a tornarse insoportable.

Muchos olvidaron el asunto hasta la mañana del día en que cayó el primer aguacero del invierno. Asombrados vieron cómo al mojarse Eustaquio con las primeras gotas, se disolvía y se diluía en el enorme charco que siempre aparece en el patio.

Ahora el charco tiene un ligero sabor salino y gracias al limo verde que se forma en su lecho, parece un pequeño mar. Los niños echan a navegar barquichuelos de papel periódico, y el diminuto mar de vez en cuando se encrespa y ruge con sonidos similares a pequeñas tormentas.

LO JUSTO Y LO LEGAL

(A Federico Arce)

En el parque, casi enfrente de la farmacia, discutían Pedro y Manuel. Pedro decía que lo justo era igual a lo legal y el otro afirmaba lo contrario, que lo justo no era necesariamente legal ni viceversa.

La discusión cobró ribetes encendidos, hasta el punto de que la nube de curiosos engrosó notablemente llegando casi a la categoría de multitud. En eso uno le dijo al otro:

— ¡Mira! ¡Ahí viene el Señor Matías! El sabe más que nosotros y es la persona que nos puede aclarar el asunto.

Llamado por los contrincantes, le tocó explicar a Pedro:

—Fíjese compadre, usted es el único que nos puede sacar de dudas y resolver de una vez por todas esta discusión que ya pasa de las tres horas. Yo digo que lo justo es lo legal y mi compadre Manuel dice que lo legal y lo justo son diferentes, ¿Quién tiene la razón?

Matías, pensando, miró hacia lo alto y observó a las palomas que desde el alero de la torre del templo lanzaban un bombardeo fecal contra la capota de un camión que vendía plátanos verdes. Se levantó y regresó con un grueso plátano.

—Bueno..., Compadre Pedro, usted dice que lo justo es igual a lo legal y usted compadre Manuel dice lo contrario, ¿Verdad?

Ambos asintieron. Matías tomó el plátano y lo metió abruptamente en la boca de Pedro.

—El compadre Manuel tiene la razón. ¡Como ven, metiéndole este plátano en la boca a Pedro, le queda justo pero no es legal...!

CELSO SANTOS

(A los trabajadores)

Yo hacía como que leía, pero en verdad miraba de reojo a Celso Santos que turbado y nervioso no sabía qué hacer con las manos, mientras su abogado —casi tan nervioso como él— gesticulaba aduciendo razones, argumentos y citando precedentes legales.

Ambos apelaban a este tribunal de trabajo exigiendo el pago de horas extras a favor de Celso, luego de que anteriormente otro tribunal había fallado contra el obrero y en favor de la fábrica de Fósforos y Cerillos “La Luminosa”.

El conflicto provocó un gran estruendo y llamó la atención por sus particularidades. Según el expediente, Celso Santos fue despedido porque en horas laborales se ponía a cantar con una voz tan fuerte que tapaba el ruido de las máquinas que jadeaban a su alrededor. ¡Imagínense! El tronar de las manivelas, tuercas, manubrios y engranajes. El humo y el polvo del taller. Las horas de cansancio de los turnos de la noche que hacen pensar al obrero que las máquinas le gritan estribillos sin fin. ¡Y en medio de todo eso la voz de un hombre cantando, elevándose sobre el barullo ensordecedor en un mano a mano espectacular!

Pero Celso Santos se rindió después de mucho bregar y aceptó el fallo del otro tribunal, y ahora sólo busca una compensación secundaria por la vía del reclamo de horas extras. Y me toca a mí —uno de los tres jueces— decirle a estos dos nerviosos hombres manchados por las sombras de la pobreza, que tampoco esta apelación marcha, pues les fue negada. Aunque yo, en minoría, no estuve de acuerdo con el fallo. Es que Celso no recuerda cuando hace bastantes años lo vi llegar al vecindario proveniente del interior, cargando sus trastes viejos, su mujer y el chorro de hijos. Es decir, conozco el fusil del hambre diciéndole a uno: ¡Arriba las manos! y despojando a sus víctimas hasta de la piel y las palabras. Los miré fijamente, en especial a Celso, y les dije:

—Triste mundo es el de hoy, en el que alguien es sancionado sólo por cantar en el trabajo, oficio generalmente mal remunerado y que provoca a menudo reclamaciones y protestas en vez de cánticos.

Luego largué la explicación legal del caso, pero expliqué mi voto a favor.

Celso Santos dio un respingo y miró al abogado, éste intentó continuar la argumentación citando leyes y decretos. Celso lo detuvo entonces con un gesto de alivio, y en un arranque le arrebató los legajos de la apelación y los hizo pedazos. Se alejó cantando a voz en cuello y con todas las ganas del mundo.

El abogado y yo le seguimos, e hicimos coro.

ORACION MONETARIA

(A Yahir Eduardo)

Rebeca volvió a abrir por tercera vez el cajón y nuevamente le golpeó en el rostro aquel olor a naftalina de todos los demonios. Revolvió y puso cabeza abajo y patas arriba ropas, papeles, chucherías queriendo no encontrar lo que andaba buscando desde hacía una hora.

— ¡Muchacha, si lo tienes delante de tus narices! ¡Te va a comer! —dijo la madre y se abanicó el rostro con los billetes que, según el legítimo libro egipcio de sueños, serían los afortunados en el próximo sorteo de la lotería.

Rebeca no pudo escapar de la evidencia. Frente a sus ojos estaba lo que buscaba desde hacía rato. El camisón, de tela ornamentada con florecitas lilas y bolitas multicolores, era una prenda tan preciada que casi era pecado mortal usarlo sólo para dormir en casa; regalo de la tía Librada, se guardaba para ser utilizado únicamente aquellas pocas veces que Rebeca dormía fuera de su hogar. Esta era una de ellas. Otra vez su mamá la había “prestado” para que fuera a acompañar a Doña Victoria, la vieja viuda solitaria que vivía a una cuadra en una vetusta casa demasiado grande. Lentamente Rebeca intentó perder el camisón en el fondo del cajón, pero la madre captó la estratagema y en dos zancadas estuvo a su lado:

— ¡A no! ¡No escaparás! ¡Doña Victoria me pidió que la acompañaras esta noche y eso harás!

Tomó la pieza y la sacudió. Conectó la plancha y le recordó a su hija que no permitiría que durmiera en otra casa con los harapos que acostumbraba hacerlo y menos con Doña Victoria, conocida por su afición al chisme y cosas por el estilo. La muchacha se sentó en la cama a mirar planchar a su madre, labor que ésta ejecutaba enérgicamente y sin dejar de hablar:

— Te pareces a Penélope, la de la leyenda que te mandaron a leer en la escuela. Tejía de día y destejía de noche. Tú, buscabas y escondías el famoso camisón... Imagino

que no debe ser muy agradable para una muchacha de tu edad eso de acompañar a la Doña... Pero recuerda que esa vieja es mi comadre..., nuestra vecina... Antes de jubilarse fue maestra de tus hermanos mayores... Nos presta el teléfono y nos entera de sucesos importantes... Además, según ella misma dice, es la más católica del barrio... Organiza novenas, procesiones y rogatorias con más fervor que muchos curas que conozco. Recuerda su eterna cantaleta: no hay que preocuparse de lo material sino del espíritu, Dios todo lo proveerá.

Rebeca casi resignada recogió uno a uno sus enseres para el viaje de una cuadra. "Pues claro —pensó la muchacha—, tal vez esa vieja vidajenee a Dios, pues no se cae una aguja en el barrio sin que la Doña se entere y lo cuente por todos lados".

Esa noche, ya acostada en el canapé, diagonal a la cama de Doña Victoria, Rebeca pensó que la primera parte había concluido pero que faltaba lo peor. Después de la frugal cena, la velada se había convertido en un largo rosario de las ya gastadas anécdotas en las cuales la viuda poseía el papel protagónico, y que eran ilustradas por las fotos del álbum familiar.

Escuchó los pasos. "¡Uf! Me haré la dormida", pensó Rebeca. Mientras, las pisadas se acercaban rodeadas del sonido de puertas y ventanas que se cerraban, muebles que se acomodaban y los clics que sumían a la casona en parcelas progresivas de sombras y penumbras. Rebeca repasó lo que sucedería si la sorprendían despierta. Se iniciarían las moralejas y amonestaciones pudibundas, barajeadas con una retahila de chismes recientes y sumas de rumores antiguos y vaticinios diversos. Aunque oficialmente la casa de Doña Victoria cerraba sus puertas con las 9 campanadas de su reloj de pared, la verdadera actividad de la vida se iniciaba a esa hora, acentuándose cuando había acompañantes. Hablaba y miraba por la ventana cercana a su ventana hasta que era derrotada por Morfeo, con sueños abarrotados de suspiros como goteras y diluvios de ronquidos que no escampaban toda la noche ante el total desamparo de quien durmiera a su lado.

Haciendo el silencio más ruidoso posible para asegurarse auditorio, Doña Victoria hizo su entrada a la habitación. Al percibir la dramática ejecución del sueño de que hacía gala Rebeca, procedió a cambiarse sin dejar de atisbar lo que tenía puesto la muchacha. Apagó la luz y los resortes crujieron. Rebeca abrió los ojos y, acostumbrándose a la penumbra, vio el cielo raso y las paredes manchadas como dientes de vieja fumadora; las cortinas desteñidas y los barrotes de la vieja cama que parecían ergástula de mejores días; en las paredes una infinidad de cuadros bailaban con la titilante luz de las veladoras que alumbraban un cuadro del corazón de Jesús; retablos de ninfas regordetas, oraciones, retratos familiares de colores violáceos; y muchos santos, de todas las especies, formas y poderes.

Doña Victoria se incorporó y sigilosamente se acercó a Rebeca, que practicó otra vez la más magistral interpretación del sueño profundo. Se arrodilló frente al cuadro del corazón de Jesús y lanzó quedamente su plegaria nocturna, que a medida que avan-

zaba hacía latir las llamas de los cirios con su aliento. La voz se hizo inteligible para Rebeca:

—Señor ¿Cómo estás? Me imagino que muy bien y me alegro. Oye, tengo algo que preguntarte ¿Por qué cada vez que compro la lotería no gano ni un centavo...? Acabo de vender la última de mis fincas y pensé que con ese dinero jalaría más dinero. Tú sabes el dicho: ¡el dinero trae dinero! Pero a pesar de que he comprado lotería como loca: ¡Nada! Ni siquiera para recuperar lo gastado. Por el contrario, entre el carro que me hizo comprarle José y la gran cantidad que me mandó a pedir Eduardo se me fueron los realitos... Espero que por lo menos Eduardo venga bien graduado del extranjero, que no sea como su hermano mayor que porque dizque es doctor “lo sabe todo”, y no acepta consejos. ¡El es el que me quiere aconsejar a mí! ¡Qué vaina, verdad! ¡Oh! Perdona lo de vaina pero es que se me escapó... Bueno, sigamos. Como te iba diciendo, no me explico cuáles son tus criterios para ayudar a la gente. Más buena, cariñosa, excelente vecina, abnegada madre, sacrificada hija y sobre todo misericordiosa cristiana no puede ser. No es por nada, pero sin querer parecer petulante me considero casi... ¡perfecta!. Claro que el hecho de ser como soy atrae la envidia y el bochinché de la gente. ¿No te parece? Mira qué cosa, confundir mi insomnio con ganas de vidajenear. Claro que he visto cuando las hijas del vecino llegan de alguna fiesta, pero dime ¿no se te hace sospechoso que lleguen tan tarde y cada cual con su pareja? Eso se ve mal y por supuesto si alguien me lo pregunta tengo que decirle mi modo de pensar y sobre todo lo que ví con estos ojos que se los va a comer la tierra. Como ves, yo no hablo en base a cuentos, sino con la verdad... El otro día Marta me vino a reclamar dizque que yo estaba hablando mal de su hija Ana. ¡Claro que yo había dicho que se había ido en un carro con un hombre y que seguro iban a pecar! Pero tú sabes que para no buscar pelea tuve que echarle el muerto a mi comadre Josefa. Yo no iba a permitir que me acusaran de andar metida en bochinchés... Las viejas chismosas del círculo de oración siempre me andan preguntando la “última”. Yo sólo me limito a darles uno que otro dato. Tú sabes —no debes de estar escuchando desde tu altar florido— que de todas maneras hay que tratar de mantener buenas relaciones con ella aunque después —yo lo sé— me acusen de ser la más bochin de las bochins...

Seguía la Doña, habla que habla y Rebeca se mordía los labios para no estallar en risas. Sentía un cosquilleo parecido a las ganas de orinar y un impulso como de pararse y gritarle a las imágenes: “No la ayuden que ella es lo más chismoso que conozco”, pero se aguantaba pensando que “al de arriba nadie lo engaña”.

Doña Victoria arremetía incontenible atropellando las palabras:

—La que sí es chismosa es Susana. ¿Sabes? Ella se derretía del gusto cuando la invitaron a vivir durante unas semanas en la casa de su nuera frente a las esclusas del canal. Se armó de unos prismáticos y vidajeneó a diestra y siniestra, para que no se le escapara lo que acontecía en los barcos que pasaban. Anotó los nombres de los navíos y los buscó en un registro de barcos que se había agenciado. Luego, le escribió a los capitanes y dueños de barcos las cosas malas que había visto.

Fíjate, que en un barco griego casi crea un motín a bordo, pues Susana descubrió que la mujer del Capitán se besaba con un coreano, pinche de cocina, dentro de uno de los botes salvavidas. En un portaviones, provocó la expulsión de dos marinos porque se orinaron en la popa, y casi provocó un conflicto internacional cuando unos calzoncillos colgados en la cubierta de un barco australiano con señales de banderas que anunciaban la inminente invasión a las costas de Bolivia que, como sabes diosito, no tiene salida al mar... ¡Bochinche internacional, internacional!. Bueno, para finalizar, pues creo que te he contado suficientes cosas por esta noche, solo te pido una ayudita. Tú sabes que me lo merezco. Yo te lo cuento todo a tí para que estés enterado y no te confabulen. ¡Tú eres poderoso! ¡Lo tienes todo! ¡Eres dueño del universo y de todas las riquezas de la tierra!. Sólo te pido una ayudita, pero que sea de tipo... monetaria. ¿Oíste? ¿Qué te cuesta? Qué sea de tipo... ¡monetaria!

Al oír esto último, Rebeca abrió los ojos cuan grandes los tenía y no supo si era sueño o realidad lo que veía. A través de las tenues luces que iluminaban el altar, todas las imágenes, —santos, retratos, ninfas regordetas y corazones sangrantes— se desternillaban de la risa sin emitir sonido alguno.

No lo pudo evitar. Una carcajada se desmigajó de sus labios. Se infló. Ascendió como globo aerostático y explotó en medio de la habitación arrojando sonoros fragmentos de risas, esquirlas de risotadas y charneles de fonemas y palabras, mientras Doña Victoria aún no se daba por aludida y repetía con los ojos cerrados y las manos implorantes, como letanía de velorio:

— ¡...que sea monetaria, Señor, monetaria, monetaria, monetaria, aria, aria, aria...!

TODO SE DERRUMBO

(A mi gente de Colón)

Mateo vivía en el segundo piso de una casa condenada. Un domingo buscó, encontró y compró siete fracciones de lotería, que al mediodía fueron las premiadas con varios miles de balboas.

Para celebrarlo convocó amigos y vecinos. Y juntos se dispararon siete docenas de cajas de cerveza, setenta y siete botellas de seco y siete perniles, en un jolgorio que hizo historia en el barrio.

El lunes, en lugar de salir a buscar trabajo, se dirigió a la mueblería e invirtió todo su capital en los muebles y artefactos que siempre había deseado tener. El juego de sala-comedor de lujo. La estufa de microondas con relojito digital. La refrigeradora enorme, de esas que echan hielitos por una ventanita. El super-componente con ecualizador. La cama gigante con mesita de noche. El televisor a colores con videogradora...

No bien terminaron de meter todo eso en el pequeño cuarto de la casa de madera, Mateo conectó todos sus aparatos y realizó un clavado desde el sofá para probar la cama nueva. Un gran crujido se sobrepuso a los otros sonidos del ambiente. Su mundo se hundió ruidosamente en una fracción de segundo, y desde la cama vio alejarse velozmente el cielorraso, mientras que todas sus cosas y las viejas maderas del piso se estrellaaban contra el suelo del piso de abajo.

Al volver en sí, los médicos de la sala de urgencia le explicaron lo sucedido al mismo tiempo que le cosían las siete heridas que le cruzaban el cuerpo. El peso de lo que había comprado, le informaron, hundió el piso de tablas carcomidas, y su cuarto se derrumbó sobre la lavandería del chino situada abajo.

Mateo, después de comprometerse a pagar todos los daños cuando consiguiese empleo, encontró otro cuartito en otra casa condenada. Allí, en medio de la desolación de una habitación casi vacía, se lamenta de lo sucedido. Pero no deja de entreversele cierta complacencia cuando conversa con alguien lo que pasó:

— ¡Fue como tirar la casa por la ventana, familia!.

Al mismo tiempo parece comprender más claramente eso que llaman sociedad de consumo.

AMOR CABAL

(Al amigo Esteban Morales)

Marino Misericordia Cubillas le apretó tanto el cuello a su concubina Georgina Cariátides Ponce, que al verla sin respiración pensó —muy correctamente— que la había estrangulado con sus manos de alcohólico tembloroso. No vaciló un instante y se entregó a las autoridades en la Corregiduría del barrio.

La culpa la tuvieron los celos. Le fueron con el bochinche de que habían visto a Georgina entrar en un hotel de ocasión con Amaranto, chofer de bus que vivía a dos cuadras y además conocido de Marino. Claro está, tenía base para ponerse arisco. Por más que quiso nunca se le quitó de la mente el antecedente de dos años atrás, a pesar de haber jurado y perjurado perdonar a su mujer. En esa ocasión llegó a su cuarto más temprano de lo usual (siendo sábado en la noche, tiempo consagrado a la juma y a la pachanga). Allí estaba ella, jadeando entre grititos de gata en celo con ese hombre montándola y corcoveándola. Fue tanto el ardor que no escucharon los gritos del marido celoso, y a pesar de que los agarró a golpes no se soltaron hasta después del orgasmo lleno de arañazos y sudor humeante, mezclados con los moretones que dejaron a su paso los furiosos puños de Marino M. Cubillas.

Mientras Marino firmaba su confesión y se disponía a pagar su culpa, en el cuarto Georgina se incorporaba recobrando la respiración después del desmayo en que se sumergió cuando aquél le retorció el cuello como pescuezo de gallina.

El policía que custodiaba el cadáver, no vaciló en llamar a la Corregiduría a informar que la occisa estaba viva y sana como nunca.

Al enterarse del hecho, Marino Misericordia Cubillas sólo atinó a exclamar con voz atormentada:

—¡Qué barbaridad! ¡Esta no me la perdona Georgina! ¡Ahora sí que la he perdido para siempre!.

ECONOMIA

(A Charlotte)

"En los días complejos en que vivimos quien no se decida a atravesar la economía, quedará desorientado en los márgenes del conocimiento".

Correia da Silva

José sentía que muchas veces los noticieros de radio y televisión, así como los periódicos, le complicaban un poco la existencia, por lo enrevesado que eran ciertas palabras y términos. No entendía cómo era eso de "producto interno bruto" en relación a "infraestructura" y relacionado con la "inflación" y la "recesión", y menos entendía cuando se mencionaba "monetarismo" del "valor agregado" en el "plusvalor".

El sabía que era importante comprender todo eso, pues lo ayudaría a —por ejemplo— explicarle a su madre por qué los productos habían subido tanto, cosa que a ella le angustiaba hasta el extremo de que la vieja nada más le andaba preguntando:

—Hijo, ¿Jamás volverán los precios a quedar como estaban antes?

Pero un día, José corrió a anunciarles a sus vecinos que acababa de descifrar —sin ayuda de diccionario alguno— una de las palabrejas que más dolores de cabeza le causaban.

— ¡Monoexportación! ¡Monoexportación!

El vecindario se arremolinó y José explicó de inmediato:

— ¡Está claro! Significa exportar monos, o los de su especie. Simios, gorilas... El gobierno del Norte, nos envía dictadores, o mejor dicho, soporta con su ayuda a tiranos y gorilas para asegurar el control de este continente: ¡Monoexportadores!.

La gente siguió discutiendo, y aunque no lograron en ese momento entender ni un carajo de cuál era la razón de los aumentos de precios, sintieron que las telarañas se les iban desmigajando del cerebro.

GOLONDRINAS

(A Edgardo Vargas, el amigo de la infancia que nunca volvió)

El estudiante de mirada furtiva y tres pelos en la barbilla, me preguntó:

—¿Es verdad que la bomba de neutrones mata a la gente y respeta las cosas? Es decir... ¿respeta la propiedad permitiendo al ejército vencedor aprovechar la riqueza material del vencido, aunque la encuentre rodeada de cadáveres?

—Sí, así es.

—Entonces me gustaría que alguien inventara una bomba que acabara de una vez por todas con las otras bombas, con la guerra y la injusticia. Así sería la primera vez que le vería utilidad a una de estas armas.

—Yo también...

Iba a proseguir el estudiante cuando terció Arnoldo Núñez, un viejo interiorano que vivía dos pisos más abajo:

—¿Saben lo que pasa cuando un hombre atrapa una golondrina?

Los dos hicimos señas negativas. El anciano balanceó el taburete que parecía no querer soportarlo.

—¿No saben lo que pasa? —reiteró con cierta sorna— Todo se le cae de las manos. La golondrina tiene la virtud de convertir en dos merengues las manos del que la tocó. Se le ponen torpes...

Empezó a llover y Arnoldo miró el aguacero como si no lo viera. Suspiro:

—No sé por qué, pero eso pasa. No se puede agarrar un vaso o plato de comida, o herramienta, porque se le cae. Dicen que se quita con sobijos de cera de vela caliente, pero a veces ni eso funciona.

Agradecí el dato y el remedio. El estudiante lo miró pensativo. Arnoldo remató:

—En la vida pareciera que mucha gente hubiese tocado golondrina. No pueden agarrar la felicidad. Hasta la vida misma se les cae de las manos.

—Esa podría ser la solución: Que los que masacran a los pueblos tocan golondrinas, para que las armas se les cayeran de las manos... irrumpió el estudiante.

Le pasé un vaso de chicha a cada uno. El vaso del viejo Arnoldo rodó esparciendo su contenido por el pasillo. El estudiante y yo guardamos un silencio embarazoso. Arnoldo Núñez se fue suspirando. El aguacero tableteó sobre los zines, sobre la sorda explosión del trueno y sobre los ardorosos sueños del estudiante.

DEDOS

(A Fernando Butazzoni)

Dijo Juan:

—Es lo malo de Esteban. No tiene más de dos dedos de frente. Ripostó Pedro:

—Pero en algo Esteban es mil veces mejor que tú. Tiene más de cien dedos de alma.

Juan no quiso comprender.

REUNIDOS EN MI NOMBRE

(A Don Pedro Casaldaliga, Leonardo Boff y Sergio Méndez Arceo)

El problema empezó cuando la cofradía de gentes de la cuadra leyó en los evangelios eso de que “cuando haya varios reunidos en mi nombre yo estaré entre ustedes”, y cayeron en cuenta de que el mismísimo papa Dios, Jehová, Yaveh o Jesús, se hacía presente entre ese montón de pobres pecadores pobres con sólo evocarlo en grupo. En otras palabras, era como si lo hubieran capturado con sus cadenas de oraciones, y lo mantuvieran reo entre las redes de las plegarias en esos momentos mágicos de las reuniones semanales.

El grupo se animó, pues ya no se trataba de un dios inaccesible que la mayoría de las veces no parecía escuchar y por lo tanto —menos dispuesto— a responder a la retahíla de clamores y contrapunto de ruegos que brotaba del grupo como erupciones de un mar encrespado de penas y desgracias individuales. Ya no. Ahora con sólo evocar su santo nombre con la fuerza de esa coral fervorosa lo podían traer allí y sentarlo entre ellos.

—Eso sí —dijo el Pastor— las peticiones se deben hacer en grupo, pues una sola golondrina no hace verano.

Luego de prolongadas sesiones donde tuvieron que superar eso de “quítate tú pa’ ponerme yo” y “lo mío es peor que lo tuyo”, lograron seleccionar una sola gran petición: que necesitaban más ingresos porque las cosas estaban muy caras y que tenían malas viviendas precisamente por esas razones.

Las rogativas se sucedieron con vehemencia hasta el agotamiento; los meses de reiteración dieron al traste con la voluntad colectiva. Pero lo que les cayó como balde de agua fría fue cuando descubrieron una verdad de a puño. Aquellos que les daban empleo, les pagaban sus salarios y eran dueños de los productos y de las malas viviendas en que ellos (los pobres pecadores pobres) vivían, también habían descubierto la cita evangélica y se reunían en sus cultos a convocar al mismísimo que la cofradía había estado convocando.

—¡Con razón! —dijo Eulalia— ¡Si El nos hace caso a nosotros y se viene para acá, pá donde los pobres, de seguro que lo desnudan, lo cuerean otra vez y lo cuelgan pero ahora en una cruz eléctrica!.

Desde ese día la cofradía intentó otras soluciones a sus problemas, sin olvidarse del todopoderoso al que sentían como un gran prisionero al que ellos deberían liberar. El estaba con ellos, pero de otra manera. Más bien como ese humo que señala por dónde se queman los rastrojos en los incendios que colorean las noches del verano.

EDILSA

(A Edilsa A. de R.)

Era normal que sucediese. A todo el que vio la película Tiburón le nació alguna animadversión al baño de mar por lo menos durante algunos días. Pero Edilsa exageró. No sólo se alejó del mar. A lo largo y ancho de seis meses se negó rotundamente a ni siquiera acercarse a ríos, quebradas, lagos, lagunas, charcas y hasta piscinas. La posesionó la obsesión que la hacía temblar en todo sitio de más de dos dedos de agua, temiendo la aparición de las voraces fauces.

El marido de Edilsa sintió que ésta se pasaba de la raya, cuando le confesó que se duchaba velozmente con los ojos muy abiertos, horrorizada ante una posible y sorpresiva aparición del escualo. Utilizó todo tipo de razones para hacer desistir a Edilsa de esa idea absurda, hasta esa mañana cuando corrió a ver por qué gritaba en el baño, y alcanzó a ver la aleta de tiburón que desaparecía por el desagüe y, en vez de Edilsa, una mancha de sangre que se confundía con la espuma del jabón palmolive y el champú anticaspa alert.

La policía investigó a través de un oscuro agente que hizo miles de preguntas, y terminó por levantarse las prendas de Edilsa y el reloj de pared, regalo de la abuela. El caso quedó consignado en los archivos como un misterio más. El marido no salió incólume, pues para muchos continuó como sospechoso de homicidio con comentarios como:

— ¡El la mató y ahora le quiere echar el muerto a un pescado!

No quedó conforme con lo acontecido a su mujer. Día a día le dio vueltas a los recuerdos, balanceó hipótesis, resumió las posibilidades, examinó películas y libros, consultó con autoridades en la materia para quedar al final con el desabrido sabor de encontrarse como al principio, sin nada firme entre las manos.

Hasta esa mañana que entró al baño y le pareció extraño escuchar el bramido de oleajes y mareas, además de oler un aroma penetrante a sal y yodo. Sus manos intentaron inútilmente detener al escualo que se le echaba encima y lo hacía añicos, enrojando los dos dedos de agua jabonosa que enturbiaban los azulejos.

PUNTO FINAL

(*A mi madre, Isabel Romero*)

En la penumbra del alba, la madre se siente agotada pero llama a su hijo que debe marchar a la escuela:

— ¡Ay hijo, levántate! El que temprano se levanta, recibe su amén de Jesús, se persigna con la cruz y sus trabajos adelanta.

Desde su cama y envuelto con la sábana como un tamal, el hijo responde:

—Ajo, el que temprano se levanta, pierde el rato de sueño, ni su trabajo adelanta ni nunca sale del empeño, y cualquier bulto lo espanta.

La madre riposta incansable:

—Hijo, que te levantes, el hijo de la vecina por haber madrugado se encontró una bolsita con plata.

El hijo como hilvanando una queja:

—Más madrugó aquel que la perdió...

La madre insiste:

— ¡Ay m'ijo, arriba, siquiera por los nueve meses que lo tuve en el vientre!.

El hijo sin levantarse de la cama musita:

—Jo, mamá, métase usted ahorita en mi vientre para que vea que la tengo veinte meses, con tal que me deje dormir un poco más...

Decidida la madre se levanta y enciende el radio. Sintoniza hasta localizar un punto en el dial y sube el volumen. Rauda como cometa el hijo se desprende del lecho y corre al baño. Se tapa los oídos para no escuchar el lacalaquear escandaloso de los radiocomentaristas y las lúgubres informaciones del noticiero.

La madre triunfante, sonríe apaga el radio y se acuesta un ratito más.

EL AIRE

(A Chuchú Martínez)

Las nueve docenas de apartamentos que circundan el patio del vecindario forman un pequeño mundo de relaciones invisibles y visibles. A semejanza de una gran casa densamente habitada por una sola familia. Los secretos se filtran por las celosías. Los conflictos se derraman debajo de las puertas. Los dolores y las alegrías enseñan sus colores como las ropas tendidas en las cuerdas del patio.

El calor es uno de los comunes denominadores. Casi nada pueden contra el fogaje los abanicos eléctricos que ronronean como moscardones en la penumbra de cada cuarto. Sólo la pareja que vive en el apartamento 17 posee un aire acondicionado y cada vez que deciden hacer el amor, encienden el viejo aparato que retumba en todo el edificio. Todos saben por qué lo encienden, y aunque las viejas conversen, las muchachas estrujan los trapeadores en el lavadero y los hombres metidos en sus camisetas sudadas restallen los dominos sobre los tableros, algo cambia en la textura del aire. Todos —sin manifestarlo— hacen revolotear la imaginación.

Un día el aire calla su voz herrumbrosa. En medio de los ruidos cotidianos reina el silencio. Todos —sin decirselo— abrigan la esperanza de que esta quietud no sea permanente. Pasan los días y semanas. Cada uno quiere acallar ese silencio elevando aún más el sonido de radios y consolas. Hasta que caen en cuenta de que la causa de todo no ha sido la muerte y la derrota de la vida. Sino algo muy diferente. Un aire acondicionado de 10 mil b.t.u. consume más de setenta dólares al mes.

CARTOMANCIA

(A la Doña Pancha)

Cuando Doña Eulalia vio llegar a ese hombre macilento, sospechó de una vez que la motivación que lo traía a que le leyeran el destino en un mazo de barajas españolas era distinta a la de la mayoría de los clientes que concurrían a su cuarto.

Por si las moscas, Doña Eulalia no dejó de utilizar la consabida advertencia que siempre tenía preparada para los incrédulos y bisoños:

—Mira, hijo, esto es muy serio. El mismísimo Napoleón Bonaparte se lefa las cartas donde Madame LaNormand. ¡Ella le predijo su derrota en la batalla de Waterloo con pelos y señas!

El hombre apenas sonrió y se apresuró a dar fe de su respeto a este arte, aunque era la primera vez que acudía a su desarrollo.

Doña Eulalia se persignó. Trazó con tiza un círculo sobre la mesa. Barajó las 48 cartas y dijo:

—Corta las barajas con la mano izquierda, mano del corazón. Piensa en tu problema y las cartas hablarán del pasado, presente y futuro.

Hecho, la doña lanzó 23 cartas hasta llenar el círculo de tiza y luego empezó a voltearlas.

—Estás metido en un conflicto. Muchos te respaldan. Un hombre alto y rubio te quiere hacer daño. Es asunto de dinero y de otras cosas que las cartas no explican. También, veo hambre.

—Es que llevamos tres meses de huelga y estamos pasando las de Caín. El rubio debe ser el dueño de la fábrica. Sobrevivimos gracias a la olla común. ¿Cuál es el final?

Doña Eulalia sintió lástima. Sin saber por qué, le vino a la mente su juventud desgastada entre las bobinas de la textilera, gastando sus ojos frente a la máquina de coser. Movida por un impulso irrefrenable tomó intencionalmente el As de Oro con ocho de espadas y se lo enseñó al hombre.

—¿Sabes lo que significa esta carta?... Triunfo por medio de la justicia.

El hombre tomó la carta con los ojos encendidos. La mujer señaló a una mariposa rojinegra que entró por la cocina, revoloteando por la habitación.

—¡Señor, cuando uno esta leyendo las cartas y entra una mariposa, es muy buen augurio para la persona que me está consultando!.

El hombre se levantó y se dispuso a pagar. Doña Eulalia lo detuvo con un gesto.

—Llévate este As de Oro a tus compañeros y cuéntales, verás que se les sube el ánimo. Guárdate esos reales y échalos en la olla común a nombre de Eulalia, la modista. Es posible que alguien se acuerde de mí. Trabajé en esa fábrica hace bastantes años, pero no pierdo la memoria.

El hombre no dijo nada. Simplemente se fue. La mariposa también abandonó el cuarto y se fue detrás de él.



DE ALLA, DE DONDE MUCHOS VINIMOS

LA FLORECITA

(A Mariela)

*"Allá a la orilla de un río
sentado en un cascajal
yo vide una florecita
al son del agua bailar".*

Copla popular panameña.

Sí. fue en la orilla de una quebrada. La dura jornada del día hizo que mis huesos fueran a dar allí, sentado entre los quijarros puliditos como por manos de alfarero. Mientras los nubarrones se arremolinaban gritando ¡agua abajooo! desde los balcones del firmamento.

En ese momento de tregua antes de la lluvia, el aletear vibrador de una mariposa me señaló con su gesto amarillo-rojo-azul-negro, la flor solitaria que mecía su cintura delgada y meneaba su cabello silvestre, al ritmo del susurrar del arroyo y del viento, que hacía tiritar sus hojas.

Le dije a la flor, como acompañándome de una guitarra que no tenía:

—No haré del amor horror ni noches tenebrosas, ni angustias innecesarias, ni gritos espectrales. El amor no es un fantasma que va gritando ¡Boooo!, asustando a la gente en las mansiones encantadas. El amor no es una tuliveja que espanta por las riberas de los ríos, en las noches de lluvia. El amor no es una cadena para atar las manos del alma. No es un marcapasos para mecanizar la marcha del corazón.

El trueno rugió y un borriquero corrió como suspendido en el aire. Continué como acompañado de un acordeón que no tenía:

—Convertiré el amor casi que cotidianamente en poesía, en fe, en liberación. Lo transmitiré por vasos comunicantes para hacer el amor de todos. Así es...

Las gotas bombardearon certeramente sus objetivos, y yo sin trinchera donde guarecerme. Exclamé como acompañado por un tambor que no tenía:

—El amor no es sólo sexo o espíritu o procreación o locura o sufrimiento o gozo o lucha. ¡Es todo eso!

La flor se agitó cuando me acerqué e hice de mi sombrero un paraguas para guarecerla. Musité como acompañado por una flauta que no tenía:

—El amor vive y crece cual retoño, como planta que a veces necesita sombra y a veces sol. Requiere de una llanta recortada llena de agua para que no lo devoren las arrieras, que le maten los gusarapos que lo rondan, y que se le riegue todos los días... sin ahogarlo.

Cuando terminaba de lanzar estas palabras, fue cuando el dragón con alas de murciélago salió de la nube con ganas de comerse la flor. Ante el horror de sus ojos rojos hice el amago de huir, pero reaccioné y me fabriqué una honda con mi camisa, e hice huir al dragón a su madriguera vaporosa. Casi sin darme tiempo a reponerme del susto, saltó hacia mí la hidra con sus siete cabezas surgiendo del fondo de la quebrada. Otra vez el miedo se quiso apoderar de mí, pero agarrando un tronco mojado por la lluvia le eché abajo tres cabezas y la hidra salió aullando hacia su húmeda guarida. Y eso no fue todo. De una vez y sin aviso salieron los duendes, miles de ellos del tamaño de mi meñique, de los agujeros de los topos y las cuevas de los conejos. Se lanzaron en hordas contra la flor con ese grito de guerra tan especial que trepana los oídos. Me taponé las orejas con montoncitos de hojas secas, y armé una escobilla en un dos por tres, y si vieras cómo los barría ¡zas! y los jondiaba hasta el otro lado de la corriente.

¿Ahora entiendes mi amor, por qué te traje esta flor sencilla y campesina? ¿Por qué la protejí frente a todos los peligros, y te la entrego sembrada en un terrón, metida aquí en la cuenca de mis manos, y te la traigo tropezando por estos caminos de Dios?

LA PORFIA

(A la izquierda panameña)

*“La iguana y el venao
tuvieron una porfía;
la iguana que era de noche
y el venao que era de día”*

Copla popular panameña.

En el claro del monte se juntaron todos los animales, amigos o enemigos, para discutir una amenaza común. Las grandes máquinas se aproximaban e iban a convertir ese pedazo de bosque en una explanada estéril donde se explotaría un gran proyecto transnacional. Ya se escuchaba claramente el retumbar de aplanadoras, grúas, camiones y las explosiones de la dinamita que derribaban la vegetación.

El perico que había logrado a raíz de múltiples negociaciones convocar al tigrillo junto con el conejo, al oso hormiguero al lado de las arrieras, y el gavilán con las palomas, tomó la palabra para hablar en favor de la unidad frente a un peligro inminente y poderoso que amenazaba con exterminarlos a todos en un santiamén. Pidió buen juicio y madurez e incitó a la animalada para que asumiera un plan concreto de acción inmediata.

El búho acuercó la moción de inmediato y cuando el caimán pedía la palabra levantando la cola para plantear sus ideas al respecto, la iguana levantó su voz cascada desde lo alto de un palo de aguacate.

—En esta noche llena de peligros sin fin, quisiera...

— ¡No es de noche... es de día! —interrumpió el venado con su voz aguda.

—¿Día? ¡Hay que ser muy estúpido para decir que es de día cuando claramente cualquiera puede darse cuenta que es de noche! —Dijo la iguana sacando la lengua en toda su extensión.

—Estúpida es la que no ve más allá de su hocico! Es-de-día... —exclamó el venado dando coces sobre la tierra suelta y levantando tanto polvo que hizo toser a todos los animales.

La discusión prosiguió con tanta euforia que los animales se fueron sumando a uno u otro bando, hasta quedar divididos en posiciones irreconciliables.

Cuando la explosión sacudió el claro del bosque y la primera aplanadora entró sembrando la muerte a su paso, los pocos sobrevivientes huyeron en desbandada rogando para que no los vieran entre las penumbras de ese último atardecer.

ORLANDO

(A Julio Dixon, y los dirigentes consecuentes)

—Me llamo Orlando del Carmen Arrieta. Tengo 24 años. Trabajé en la hacienda Fortuna en la carretera norte, camino a los llanos. Hace un año marcaba ganado en la finca. Sin querer me tardé en responder el llamado que me hizo el patrón, el Señor Baéz, para que le acercara unos aperos. Tomó el hierro de marcar al rojo vivo y me lo puso en el pecho. El dolor fue tan grande que me arrojé en la tierra y me revolqué, untándome caca de vaca para calmarme el dolor. La doña del patrón, él mismo y algunos de sus parientes se rieron e hicieron chistes sobre como iba a quedar marcado. Luego me obligaron a seguir trabajando.

Ahora ando por los campos estampado con su marca de propiedad. No sólo por eso —pero acicateado por el recuerdo del olor a carne chamuscada— me organizo con los míos, los campesinos, los peones, los jornaleros, los arrieros, los sin tierra, los marcados por el hambre y el despojo. Luchamos para que llegue el día en que liberemos al patrón de la opresión que sufre al hacer ese papel que rebaja su condición de hombre y le hace cometer barbaridades como esa de marcar a un hombre como una vaca; o sellar con bajos jornales y desesperación las vidas de cientos de familias.

Ese día no le haré lo mismo que él me hizo a mí. No me voy a rebajar a tanto. Sino que me verá pecho abierto, a mí y a los míos, marcar todas las reses con el símbolo de una hacienda propiedad del pueblo, que servirá para que todos vivan mejor. Entonces quizás el sienta en el olor del cuero quemado y en el humo que se hace volutas en el viento, que también se esfuman sus ansias desmedidas de riquezas y poder. Me llamo Orlando. Tengo 24 años.

EL GALLO

(A Carlos Núñez, Graciela e hijos de México)

En una casa había un gallo que caminaba para atrás. Los dueños decidieron sacrificarlo, temerosos de que el ave transmitiese esa forma tan inusual de movimiento a sus descendientes.

Esperaron una buena ocasión y la encontraron. El gallo se convirtió en el ingrediente principal del sancocho que se preparó con motivo del bautizo de uno de los niños.

Algunos vecinos y la familia comieron del guiso. Desde ese día se volvieron reaccionarios.

FUSILES

(A Eduardo Galeano)

En medio del paraje está el cerro pelado, rojo como la ira, plagado de pequeños remolinos que encrespan la polvareda llenando de volutas el páramo. El firmamento punteado de nubarrones y relámpagos sin fin.

Sobre la cumbre del cerro, el científico. Bata blanca y anteojos de aros metálicos. Una carpa llena de instrumentos y equipos de investigación. Sonidos de computadoras y onda corta. Usa una especie de telescopio graduado y observa las nubes. Los truenos rugen.

Se acerca el campesino. La misma edad del científico. Viejos ambos. Le hinca las espuelas al caballo, intentando ganarle tiempo a la amenaza del viento y el agua. Se detiene cerca del científico y le habla.

—Oiga amigo ¿Qué hace? Se va a mojar y hasta peor que eso, va a caer una tormenta de padre y señor nuestro...

—No le tengo temor a las tormentas. Poseo protección tecnológica contra eso y otras cosas... ¿Sabe que hago aquí? Todos los días hay como 1,800 tormentas en el mundo. Mi trabajo consiste en capturar relámpagos para la guerra.

—¿Para la guerra?

—¡Sí, para la guerra! Mire, buen hombre. En esas nubes se da una gran turbulencia. Las cargas eléctricas se juntan en su interior y algunas se abren paso hacia la tierra con grandes saltos, llamados relámpagos. Hacen que el aire se caliente hasta cincuenta mil grados Farenheit y la expansión produce esos ruidos llamados truenos. Imagínese el uso de esa energía barata, limpia y pura para la guerra. ¡Sería un arma formidable!

El campesino se baja del caballo y enciende la pipa hecha a mano. Toma una pausa mientras lanza la primera bocanada. Mira al científico manipulando sus instrumentos. Dice:

—Aquí en esta región hacemos algo diferente con el relámpago. Cuando estamos enfermos de güecho, lo que ustedes llaman bocio, esperamos que relampaguee y hacemos así...

Hace el gesto de agarrar el resplandor y rápidamente se pasa la mano por el cuello, frotándose enérgicamente. Agrega:

—El calor del relámpago nos cura el güecho, y a esto lo llamamos sobijo de relámpago o de fusil.

—¿Fusil?

—Sí, fusil. Es como también le decimos al relámpago.

—¿Y los cura?

—Nos cura... a mí me curó. ¿Por qué no hace algo parecido? En vez de usar el relámpago para la guerra, inventar algo para curar a sus semejantes. Aquí hay mucha gente enferma, amigo.

El científico vacila. Le vuelve la espalda al campesino y continúa manipulando sus instrumentos.

El campesino olfatea algo en el aire, apaga la pipa y bota la ceniza con golpecitos de pipa contra la vaina del machete. Gruesas gotas empiezan a caer. Se aleja. A cierta distancia se detiene. Mira hacia las nubes, luego al científico con su bata blanca. Una sucesión de truenos semeja redobles de tambor. Una voz silenciosa da la orden de fuego. Se llena el cielo de fusiles y mil rayos descargan su furia sobre la carpa del científico, atraídos por el metal del equipo y los anteojos de aros metálicos. Ahora sólo se ve una columna de humo ocre.

Se abren las cataratas del cielo.